

www.puntodelectura.com

FRED VARGAS

La tercera virgen

punto de lectura



Fred Vargas (Frédérique Audouin-Rouzeau, París, 1957), medievalista y arqueóloga, se dedica de forma paralela a la literatura policiaca, habiéndose convertido desde sus primeras novelas en un arrollador éxito, no sólo en su país sino también en las 32 lenguas a las que ha sido traducida. Original en su concepción del género, obras como *El hombre de los círculos azules*, *Más allá, a la derecha*, *Que se levanten los muertos*, *Huye rápido, vete lejos*, *Sin hogar ni lugar*, *Los que van a morir te saludan*, *El hombre al revés* o *Bajo los vientos de Neptuno* han hecho a Fred Vargas acreedora de galardones como el Prix mystère de la critique (1996 y 2000), el Gran premio de novela negra del Festival de Cognac (1999), el Deutsche Krimipreis (2004) y el Giallo Grinzane (2006).

FRED VARGAS

La tercera virgen

Traducción de Anne-Hélène Suárez Girard

Título: La tercera virgen

Título original: *Dans les bois éternels*

© Éditions Viviane Hamy, 2006

© De la primera edición en lengua española: Ediciones Siruela, S.A., 2008

© De la traducción: Anne-Hélène Suárez Girard

Reservados todos los derechos

© De esta edición:

2009, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2252-2

Depósito legal: B-1.782-2009

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: María Pérez-Aguilera

Imagen de portada: *Fantasma creado por la doble exposición de una figura humana cubierta con velos* © Topfoto/ Alinari Archives, Florencia

Primera edición: febrero 2009

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

La tercera virgen

I

Sujetando la cortina de la ventana con una pinza de la ropa, Lucio podía observar más a sus anchas al nuevo vecino. Era un tipo bajito y moreno que estaba construyendo un muro de bloques de hormigón, sin plomada y con el torso desnudo bajo un fresco viento de marzo. Después de una hora de vigilancia, Lucio sacudió rápidamente la cabeza, como una lagartija pone fin a su siesta estática, despegando de sus labios la colilla apagada.

—Ése —dijo enunciando por fin su diagnóstico—, sin plomada y a su bola. Va en su burro, siguiendo su brújula. Como le da la gana.

—Pues déjalo —dijo su hija sin convicción.

—Sé lo que tengo que hacer, María.

—Lo que pasa es que te gusta preocupar a la gente con tus historias.

El padre chasqueó la lengua.

—No dirías eso si tuvieras insomnio. La otra noche la vi, como te estoy viendo a ti ahora.

—Sí, ya me lo dijiste.

—Pasó delante de las ventanas del primer piso, lenta como un espectro.

—Ya —dijo María, indiferente.

El anciano se había erguido, apoyándose en su bastón.

—Era como si estuviera esperando la llegada del nuevo, como si se preparara para su presa. Para él —añadió señalando la ventana con la barbilla.

—A él —dijo María—, lo que le digas le entrará por un oído y le saldrá por el otro.

—Lo que haga es asunto suyo. Dame un cigarrillo, voy a ponerme en camino.

María puso directamente el cigarrillo entre los labios de su padre y lo encendió.

—María, leñe, quítale el filtro.

María obedeció y ayudó a su padre a ponerse el abrigo. Luego le metió en el bolsillo un pequeño transistor de donde salían, crepitando, palabras ininteligibles. El viejo nunca se separaba de él.

—No seas muy bestia con el vecino —le dijo, ajustándole la bufanda.

—El vecino está curado de espanto, créeme.

Adamsberg había estado trabajando despreocupado bajo la vigilancia del viejo de enfrente, preguntándose cuándo vendría a tantearlo en persona. Lo miró atravesar el pequeño jardín con paso oscilante, alto y digno, hermoso rostro surcado de arrugas, pelo blanco intacto. Adamsberg iba a tenderle la mano cuando se dio cuenta de que el hombre no tenía antebrazo derecho. Levantó la paleta en señal de bienvenida y posó sobre él una mirada tranquila y vacía.

—Puedo prestarle mi plomada —dijo el viejo con cortesía.

—Ya me las arreglo así —respondió Adamsberg calando otro bloque—. En mi tierra siempre hemos hecho los muros a ojo, y todavía están en pie. Torcidos, pero en pie.

—¿Es usted albañil?

—No, soy madero. Comisario de policía.

El anciano apoyó su bastón contra el nuevo muro y se abrochó la chaqueta hasta la barbilla, mientras asimilaba la información.

—¿Busca droga y cosas así?

—Cadáveres. Estoy en la Brigada Criminal.

—Bien —dijo el viejo tras un ligero sobresalto—. Pues yo estuve en una cuadrilla.

Guiñó un ojo a Adamsberg.

—Pero no de ladrones, ¿eh?, de obreros de carpintería. Poníamos tarimas de madera.

Un gracioso, en sus tiempos, pensó Adamsberg dirigiendo una sonrisa de complicidad a su nuevo vecino, que parecía apto para distraerse con cualquier cosa sin ayuda de nadie. Un guasón, un chistoso, pero con unos ojos negros que te taladraban vivo.

—Roble, haya, pino. Si me necesita, ya sabe dónde me tiene. En su casa sólo hay baldosa de barro.

—Sí.

—Es menos cálido que la tarima. Me llamo Velasco, Lucio Velasco Paz. Empresa Velasco Paz e hija.

Lucio Velasco sonreía abiertamente, sin apartar sus ojos del rostro de Adamsberg, inspeccionándolo palmo a palmo. Ese viejo estaba dando rodeos, ese viejo tenía algo que decirle.

—María es la que lleva ahora la empresa. Tiene la cabeza bien puesta; que no le vengan con cuentos, que no le gusta.

—¿Qué tipo de cuentos?

—Cuentos de fantasmas, por ejemplo —dijo el hombre, arrugando sus ojos negros.

—No se preocupe, no conozco cuentos de fantasmas.

—Ya; uno dice eso y, un buen día, conoce uno.

—Puede ser. No lleva la radio bien sintonizada.

¿Quiere que se la arregle?

—¿Para qué?

—Para oír los programas.

—No, *hombre*¹, no. No quiero escuchar esas tonterías. A mis años, uno tiene derecho a no dejarse engañar.

—Por supuesto —dijo Adamsberg.

Si el vecino quería pasearse con un transistor sin sintonizar en el bolsillo y si quería llamarlo *hombre*, allá él.

El viejo hizo de nuevo una pausa mientras escrutaba el modo en que Adamsberg colocaba los bloques.

—¿Está contento con esta casa?

—Mucho.

Lucio hizo una broma ininteligible y se echó a reír. Adamsberg sonrió amablemente. Había algo juvenil en su risa, pese a que el resto de su postura parecía indicar que era más o menos responsable del destino de los hombres en este mundo.

—Ciento cincuenta metros cuadrados —prosiguió el viejo—. Un jardín, una chimenea, un sótano, una leñera.

¹ En español en el original.

Eso en París ya no se encuentra. ¿No se ha preguntado por qué la ha conseguido por cuatro reales?

—Por vieja y destartalada, supongo.

—¿Y no se ha preguntado por qué nunca la han tirado?

—Está al fondo de una callejuela, no molesta a nadie.

—De todos modos, *hombre*. Ni un comprador en seis años. ¿No le extraña eso?

—Digamos, señor Velasco, que soy difícil de extrañar. Adamsberg raspó el exceso de cemento con la paleta.

—Pero suponga que le extraña —insistió el viejo—. Suponga que se pregunta por qué la casa no encontraba comprador.

—Porque el retrete está fuera. La gente ya no soporta esas cosas.

—Podrían haber construido un muro para unirlo a la casa, como está haciendo usted.

—No lo hago por mí. Es por mi mujer y mi hijo.

—¡Me cago en la!, ¿no irá a traer una mujer aquí?

—No creo. Vendrán de paso.

—Pero ¿y ella? Ella no dormirá aquí, ¿verdad? ¿Ella? Adamsberg frunció el ceño mientras la mano del viejo se posaba sobre su brazo, buscando su atención.

—No se crea usted más listo que nadie —dijo el anciano bajando el tono de voz—. Venda. Hay cosas que se nos escapan. Que están fuera de nuestro alcance.

—¿Qué cosas?

Lucio movió los labios, mascullando su cigarrillo apagado.

—¿Ve esto? —dijo levantando el brazo derecho.

—Sí —contestó Adamsberg con respeto.

—Lo perdí a los nueve años, en la Guerra Civil.

—Sí.

—Y a veces me pica. Me pica el trozo que me falta, sesenta y nueve años después. En un sitio muy preciso, siempre el mismo —dijo el viejo señalando un punto en el aire—. Mi madre sabía por qué: es la picadura de la araña. Cuando perdí el brazo, no había acabado de rascarme. Así que me sigue picando.

—Sí, claro —dijo Adamsberg, removiendo en silencio el cemento.

—Porque la picadura no había terminado su vida, ¿entiende? Exige lo que es suyo, se venga. ¿No le recuerda a nada?

—A las estrellas —sugirió Adamsberg—. Brillan después de muertas.

—Sí, por qué no —admitió el viejo, sorprendido—. O el sentimiento: por ejemplo, un chico que sigue enamorado de una chica, o al revés, cuando todo se ha ido al garete. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Sí.

—Y ¿por qué sigue enamorado el chico, o ella? ¿Cómo se explica?

—No lo sé —dijo Adamsberg, paciente.

Entre ráfaga y ráfaga, el tenue sol de marzo le calentaba suavemente la espalda, y estaba a gusto, allí, fabricando un muro en ese jardín abandonado. Lucio Velasco Paz podía hablarle todo lo que quisiera, no le molestaba en absoluto.

—Pues muy sencillo: porque el sentimiento no ha terminado su vida. Esas cosas existen fuera de nosotros. Hay que esperar a que se acaben, hay que rascarse hasta el final. Y, si uno muere antes de haber terminado de vivir,

pasa lo mismo. Los asesinados siguen vagando por ahí, unos canallas que no paran de venir a picarnos.

—Picaduras de araña —sugirió Adamsberg, cerrando el círculo.

—Aparecidos —dijo el viejo con gravedad—. ¿Comprende ahora por qué nadie quería su casa? Porque tiene fantasmas, *hombre*.

Adamsberg acabó de limpiar el cuezo y se frotó las manos.

—¿Por qué no? —dijo—. No me molesta. Estoy acostumbrado a las cosas que se me escapan.

Lucio alzó el mentón y contempló a Adamsberg con cierta tristeza.

—*Hombre*, tú sí que no te le escaparás, si vas de listo. ¿Qué te crees? ¿Que puedes más que ella?

—¿Ella? ¿Es una mujer?

—Es una aparecida del siglo de antes de antes, de la época de antes de la Revolución. Una vieja inmundicia, una sombra.

El comisario pasó lentamente la mano por la superficie rugosa de los bloques de hormigón.

—¿Ah, sí? —preguntó, súbitamente pensativo—. ¿Una sombra?

II

Adamsberg preparaba el café en la gran sala-cocina, todavía poco acostumbrado al lugar. La luz entraba por los vidrios de la ventana, iluminando las antiguas baldosas, de un rojo mate, unas baldosas del siglo de antes de antes. Olores a humedad, a madera quemada, a hule nuevo, algo que, buscando bien, se asociaba a su casa de la montaña.

Puso dos tazas desparejadas en la mesa, justo donde el sol dibujaba un rectángulo. Su vecino se había sentado muy recto y se apretaba la rodilla con los dedos de su única mano. Una mano ancha, como para estrangular un buey con el pulgar y el índice, que parecía haber duplicado de volumen para compensar la ausencia de la otra.

—¿No tendrá un algo para acompañar el café? ¿Sin que sea una molestia?

Lucio echó una mirada suspicaz al jardín, mientras Adamsberg buscaba cualquier tipo de alcohol en las cajas de cartón aún apiladas.

—¿Su hija no le deja? —preguntó.

—No me anima a ello.

—¿A ver esto? ¿Qué es? —preguntó Adamsberg sacando una botella de una de las cajas.

—Un Sauternes —juzgó el viejo entornando los ojos como un ornitólogo identificando de lejos un pájaro—. Es un poco temprano para un Sauternes.

—No tengo nada más.

—Pues nos arreglaremos con eso —decretó el viejo.

Adamsberg le sirvió un vaso y se instaló junto a él, exponiendo su espalda al cuadrado de sol.

—¿Qué es lo que sabe exactamente? —preguntó Lucio.

—Que la anterior propietaria se ahorcó en la habitación de arriba —dijo Adamsberg señalando el techo con el dedo—. Por eso nadie quería esta casa. A mí, en cambio, me da igual.

—¿Porque tiene vistos a muchos ahorcados?

—Alguno. Pero a mí los muertos nunca me han dado problemas. Me los dan sus asesinos.

—Pero, *hombre*, no estamos hablando de muertos de verdad, hablamos de los otros, de los que no se van. Ella nunca se fue.

—¿La ahorcada?

—La ahorcada se fue —explicó Lucio echándose un lingotazo, como para celebrar el acontecimiento—. ¿Sabe por qué se mató?

—No.

—La casa la volvió loca. Todas las mujeres que viven aquí acaban minadas por la Sombra. Y se mueren de eso.

—¿La Sombra?

—La aparecida del convento. Por eso el callejón se llama calle de las Corujas.

—No entiendo —dijo Adamsberg sirviendo el café.

—Había aquí un antiguo monasterio de mujeres, en el siglo de antes de antes. Eran unas monjas de las que no podían hablar.

—Serían cartujas.

—Eso es. Y se decía la calle de las Cartujas. Pero luego acabó siendo de las Corujas.

—¿Sin que tuviera nada que ver con las lechuzas? —preguntó Adamsberg, decepcionado.

—No, son las monjas. Pero «cartujas» cuesta más de pronunciar. Car-tu-jas —añadió Lucio aplicándose.

—Cartujas —repitió lentamente Adamsberg.

—¿Lo ve? Es difícil. Todo esto para decirle que, en aquellos tiempos, una de esas cartujas mancilló esta casa. Con el diablo, al parecer. Pero bueno, de eso no hay pruebas.

—¿De qué tiene usted pruebas, señor Velasco? —preguntó Adamsberg sonriendo.

—Puede llamarme Lucio. Pruebas haylas. Hubo un proceso en aquel entonces, en 1771, y el convento fue abandonado, y la casa purificada. La cartuja se hacía llamar Santa Clarisa. A cambio de una ceremonia y de un dinero, prometía a las mujeres que irían al paraíso. Lo que no sabían las viejas era que el viaje era inmediato. Cuando llegaban con la bolsa llena, las degollaba. Así mató a siete. Siete, *hombre*. Pero una noche tuvo que vérselas con un hueso duro de roer.

Lucio se echó a reír con su risa de crío, y se rehizo.

—No hay que bromear con los demonios —dijo—. Vaya, me pica el brazo, es mi castigo.

Adamsberg lo miró agitar los dedos al aire, esperando tranquilamente la continuación.

—¿Le alivia rascarse?

—De momento, luego vuelve a picarme. La noche del 3 de enero de 1771, una vieja fue a ver a Clarisa para comprar el paraíso. Pero su hijo, desconfiado y agarrado, la acompañaba. Era curtidor. Mató a la santa. Así —mostró Lucio asestando un puñetazo a la mesa—. La aplastó con sus manos de coloso. ¿Ha seguido la historia?

—Sí.

—Si no, puedo volver a contársela.

—No, Lucio, continúe.

—Sólo que esa mala bestia de Clarisa nunca llegó a irse del todo. Porque tenía veintiséis años, ¿entiende? Así que todas las mujeres que vivieron aquí a partir de entonces salieron con los pies por delante y de muerte violenta. Antes de Madelaine (la ahorcada), hubo una señora Jeunet, en los años sesenta. Cayó sin motivo de la ventana de arriba. Y antes de la Jeunet, una tal Marie-Louise a quien encontraron con la cabeza metida en el horno de carbón, durante la guerra. Mi padre las conoció a las dos. Sólo tuvieron problemas.

Los dos hombres asintieron juntos, Lucio Velasco con gravedad, Adamsberg con cierto placer. El comisario no quería herir al viejo. Y, en el fondo, esa buena historia de fantasmas les convenía a ambos, y la hacían durar tanto tiempo como el azúcar al fondo del café. Los horrores de Santa Clarisa intensificaban la existencia de Lucio y distraían momentáneamente la de Adamsberg de los asesinatos triviales que tenía entre manos. Ese espectro femenino era mucho más poético que los dos tipos cosidos a puñaladas la semana pasada en Porte de la Chapelle. Estuvo en un tris de contar su propia historia a Lucio, ya que el viejo

español parecía tener una opinión segura acerca de todas las cosas. Le gustaba ese sabio guasón de una sola mano, salvo en lo referente a la radio que zumbaba constantemente en su bolsillo. Obedeciendo a un gesto de Lucio, Adamsberg le llenó el vaso.

—Si todos los asesinados andan flotando por ahí, ¿cuántos fantasmas habrá en mi casa? ¿Santa Clarisa y sus siete víctimas? ¿Más las dos mujeres que conoció su padre, más Madelaine? ¿Once? ¿O más?

—Sólo está Clarisa —afirmó Lucio—. Sus víctimas eran demasiado viejas, nunca volvieron. A menos que estén en sus propias casas, que también es posible.

—Sí.

—Lo de las otras tres es distinto. No fueron asesinadas, sino poseídas. En cambio, Santa Clarisa no había acabado de vivir cuando el curtidor la aplastó con sus puños. ¿Entiende ahora por qué nunca han derribado la casa? Porque Clarisa habría ido a instalarse a otro sitio. En mi casa, por ejemplo. Y todo el mundo, en el barrio, prefiere saber dónde tiene su guarida.

—Aquí.

Lucio asintió guiñando un ojo.

—Y mientras nadie ponga los pies aquí, no pasa nada.

—O sea que es hogareña, en cierto modo.

—Ni siquiera baja al jardín. Espera a sus víctimas allá arriba, en el desván. Y ahora vuelve a tener compañía.

—Yo.

—Usted —confirmó Lucio—. Pero usted es hombre, no le dará mucho la lata. A quienes vuelve tarumbas es a las mujeres. No traiga aquí a su mujer, hágame caso. O, si no, venda.

—No, Lucio. Me gusta esta casa.

—Cabezota, ¿eh? ¿De dónde viene?

—De los Pirineos.

—Alta montaña —dijo Lucio con deferencia—, no vale la pena que trate de convencerlo.

—¿Los conoce?

—*Hombre*, nació al otro lado. En Jaca.

—¿Y los cuerpos de las siete viejas? ¿Los buscaron en la época del proceso?

—No. En aquellos tiempos, en el siglo de antes de antes, no se investigaba como ahora. Deben de estar todavía ahí debajo —dijo Lucio señalando el jardín con el bastón—. Por eso no se cava demasiado hondo. No hay que provocar al diablo.

—No, ¿para qué?

—Usted es como María —dijo el viejo sonriendo—, estas cosas le divierten. Pero, *hombre*, yo la he visto a menudo. Nieblas, vapores, y luego su respiración, fría como el invierno en lo alto de los picos. Y la semana pasada estaba yo meando debajo del avellano y la vi de verdad.

Lucio vació el vaso de Sauternes y se rascó la picadura.

—Ha envejecido mucho —dijo casi con asco.

—Son muchos años... —respondió Adamsberg.

—Claro. Tiene la cara arrugada como una nuez vieja.

—¿Dónde estaba?

—En el piso de arriba. Iba y venía por la habitación de encima.

—Va a ser mi despacho.

—¿Y dónde pondrá el dormitorio?

—Al lado.

—Pues no le falta valor —dijo Lucio levantándose—. ¿No habré sido muy bestia, por lo menos? María no quiere que sea bestia.

—En absoluto —respondió Adamsberg, que de repente se encontraba con un lote de siete cadáveres bajo los pies y una fantasma con cara de nuez.

—Mejor. Quizá consiga usted aplacarla. Aunque dicen que sólo un hombre muy viejo podrá con ella. Pero eso son leyendas, no se crea usted todo lo que le cuenten.

Una vez solo, Adamsberg engulló el fondo de su café frío. Luego alzó la mirada hacia el techo, y escuchó.

III

Después de una noche serena en compañía de Santa Clarisa, el comisario Adamsberg empujó la puerta del Instituto Forense. Hacía nueve días que dos hombres habían sido degollados en Porte de la Chapelle, a pocos cientos de metros uno de otro. Dos pringados, dos bandidos de poca monta que trapicheaban en el Mercado de las Pulgas, había dicho el policía del sector de la zona a modo de presentación. Adamsberg estaba empeñado en volver a verlos desde que el inspector Mortier, de la Brigada de Estupeficientes, había manifestado el deseo de quitárselos.

—Un par de colgaos degollados en Porte de la Chapelle son cosa mía, Adamsberg —había declarado Mortier—. Sobre todo habiendo un negrata en el lote. ¿A qué esperas para pasármelos? ¿A que nieve?

—A entender por qué tienen tierra debajo de las uñas.

—Porque eran unos guarros.

—Porque estuvieron cavando. Y la tierra es cosa de la Brigada Criminal y cosa mía.

—¿Nunca has visto imbéciles escondiendo mierda en las jardineras? Pierdes el tiempo, Adamsberg.

—Me da igual. Me gusta.

Los dos cuerpos desnudos estaban tendidos uno junto a otro, un grandullón blanco, un grandullón negro, uno velludo, el otro no, cada cual bajo su neón de la morgue. Dispuestos con los pies juntos y los brazos pegados al cuerpo, parecían haber adquirido en la muerte una formalidad de colegiales totalmente inédita. A decir verdad, pensaba Adamsberg contemplando sus dóciles posturas, los dos hombres habían llevado una existencia llena de clasicismo, por lo avara que es la vida en cuestión de originalidad. Jornadas organizadas, con mañanas dedicadas a dormir, tardes consagradas al trapicheo, noches destinadas a las chicas y domingos a las madres. En el margen, como en todas partes, la rutina impone sus mandamientos. Sus salvajes asesinatos rompían de manera anormal el desarrollo de sus vidas anodinas.

La forense miraba a Adamsberg dar vueltas alrededor de los cuerpos.

—¿Qué quiere que haga con ellos? —preguntó, con la mano sobre el muslo del negro, dándole palmaditas al desgaire como para consolarlo póstumamente—. Dos tipos que trapicheaban en los tugurios, con el pescuezo rebanado, son cosa de los de Estupefacientes.

—Efectivamente, los reclaman a voz en grito.

—¿Y? ¿Cuál es el problema?

—El problema soy yo. No quiero dárselos. Y espero que me ayude a quedármelos. Piense algo.

—¿Por qué? —preguntó la doctora, con la mano todavía sobre el muslo del negro, señalando mediante ese gesto que el hombre seguía, de momento, bajo su arbitraje, en zona franca, y que sólo ella decidiría su destino, hacia la Brigada de Estupefacientes o hacia la Brigada Criminal.

—Tienen tierra fresca debajo de las uñas.

—Supongo que los estupas también tendrán sus razones. ¿Tienen ellos fichados a estos hombres?

—Ni siquiera. Estos hombres son para mí y punto.

—Ya me habían prevenido contra usted —dijo tranquilamente la forense.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que no siempre se entiende su sentido. O sea, conflictos.

—No será la primera vez, Ariane.

Con la punta del pie, la forense acercó un taburete de ruedas y se sentó con las piernas cruzadas. Adamsberg la había encontrado guapa veintitrés años atrás, y seguía siéndolo a los sesenta, elegantemente sentada en ese escabel de la morgue.

—Vaya —dijo ella—. Me conoce.

—Sí.

—Yo, en cambio, no.

La doctora encendió un cigarrillo y reflexionó unos instantes.

—No —concluyó—, no me suena. Lo siento.

—Fue hace veintitrés años y sólo duró unos meses. La recuerdo a usted, recuerdo su apellido, su nombre, y recuerdo que nos tuteábamos.

—¿Hasta ese punto? —dijo sin calidez—. ¿Y qué teníamos los dos, para tomarnos esas confianzas?

—Una bronca enorme.

—¿Amorosa? Me daría pena no recordarlo.

—Profesional.

—Vaya —respondió la forense frunciendo el ceño.

Adamsberg inclinó la cabeza, distraído por los recuerdos que esa voz alta y ese tono cortante evocaban en su memoria. Volvía a ver la ambigüedad que lo había tentado y desconcertado de joven, el traje severo pero el pelo revuelto, el tono altivo pero las palabras naturales, las poses elaboradas pero los gestos espontáneos. Tanto era así que uno no sabía si tenía delante a un espíritu superior y distanciado o a una trabajadora empedernida que olvida las apariencias. Incluso ese «Vaya» con el que a menudo iniciaba las frases, sin que se supiera si la réplica era despectiva o popular. Ante ella, Adamsberg no era el único en tomar precauciones. La doctora Ariane Lagarde era la forense más célebre del país, nadie podía competir con ella.

—¿Nos tuteábamos? —prosiguió dejando caer la ceniza en el suelo—. Hace veintitrés años, yo ya había hecho mi camino; en cambio, usted debía de ser sólo un simple teniente.

—Apenas un joven cabo.

—Me sorprende usted. No tuteo así como así a mis colegas.

—Nos llevábamos bien. Hasta que la enorme bronca culminó, haciendo temblar las paredes de un café de Le Havre. Me cerró la puerta en las narices, y no volvimos a vernos. No tuve tiempo de acabarme la cerveza.

Ariane aplastó la colilla con el pie y volvió a acomodarse en el taburete de metal, recobrando la sonrisa, vacilante.

—Esa cerveza —dijo— ¿no la habré tirado al suelo, por casualidad?

—Así es.

—Jean-Baptiste —dijo articulando las sílabas—. El joven cretino de Jean-Baptiste Adamsberg, que creía saber más que nadie.

—Es lo que me dijiste antes de romper mi vaso.

—Jean-Baptiste —repitió Ariane con voz más lenta.

La forense dejó el taburete y fue a poner una mano sobre el hombro de Adamsberg. Pareció a punto de besarlo, pero se apresuró a meter de nuevo la mano en el bolsillo de su bata.

—Me caías bien. Dislocabas el mundo sin ser consciente siquiera. Y, por lo que cuentan del comisario Adamsberg, el tiempo no ha mejorado las cosas. Ahora entiendo: tú eres él, y él eres tú.

—En cierto modo.

Ariane se apoyó en la mesa de disección donde descansaba el cuerpo del grandullón blanco, empujando el busto del muerto para estar más a gusto. Al igual que todos los forenses, Ariane no mostraba el menor respeto hacia los difuntos. En cambio, hurgaba en el enigma de sus cuerpos con insuperable talento, rindiendo así homenaje, a su manera, a la complejidad inmensa y singular de cada uno. Los trabajos de la doctora Lagarde habían glorificado los cadáveres de vivos corrientes y molientes. Pasar por sus manos le hacía a uno entrar en la Historia. Eso sí, lamentablemente, muerto.

—Era un cadáver excepcional —recordó ella—. Lo habían encontrado en su habitación, con una carta de despedida muy refinada. Un alcalde, implicado en un escándalo y arruinado, que se había suicidado de un sablazo en el vientre, a la japonesa.

—Hasta las cejas de ginebra para darse valor.

—Lo recuerdo muy bien —prosiguió Ariane con el tono suavizado de quien rememora una bonita historia—. Un suicidio sin incidentes, precedido de una tendencia antigua a la depresión compulsiva. El consejo municipal se sintió aliviado de que el asunto no fuera más allá, ¿recuerdas? Yo había entregado mi informe, irreprochable. Tú hacías las fotocopias, las encuadernaciones, los recados, sin obedecer demasiado. Nos íbamos a tomar algo por las tardes, en los muelles. Yo rozaba la promoción, tú soñabas en tu estancamiento. En esa época, yo echaba granadina en la cerveza, y hacía espuma.

—¿Seguiste inventando mixturas?

—Sí —dijo Ariane en tono algo decepcionado—, montones, pero sin grandes logros hasta ahora. ¿Te acuerdas de la *Violina*? Un huevo batido, menta y vino de Málaga.

—Yo nunca quise probar esa cosa.

—Pues dejé la *Violina*. Iba bien para los nervios, pero resultaba demasiado energética. Probamos muchas mezclas en Le Havre.

—Menos una.

—Vaya.

—La mezcla de los cuerpos. Ésa no la probamos.

—No. Yo todavía estaba casada y era abnegada como un perro enfermo. En cambio, formábamos un dúo perfecto para los informes que dábamos a la policía.

—Hasta que.

—Hasta que a un joven cretino llamado Jean-Baptiste Adamsberg se le metió entre ceja y ceja que el alcalde de Le Havre había sido asesinado. Y ¿por qué? Por diez ratas muertas que habías encontrado en un almacén del puerto.

—Doce, Ariane. Doce ratas desangradas de una cuchillada en el vientre.

—Bueno, pues doce. Dedujiste que un asesino ejercitaba su valor antes de llevar a cabo el ataque definitivo. Y había otra cosa. Te pareció que la herida era demasiado horizontal. Dijiste que el alcalde debería de haber sujetado el sable más inclinado, de abajo arriba. A pesar de que estaba borracho como una cuba.

—Y tiraste mi vaso al suelo.

—Le había dado un nombre, maldita sea, a esa granadina con cerveza.

—La *Granalla*. Hiciste que me echaran de Le Havre y entregaste el informe sin mí: suicidio.

—¿Qué sabías tú de esas cosas? Nada.

—Nada —reconoció Adamsberg.

—Ven a tomar un café. Así me cuentas lo que te preocupa de tus cadáveres.

IV

El teniente Veyrenc había sido asignado a esa misión hacía tres semanas, y lo habían metido en un trastero de un metro cuadrado para garantizar la protección de una mujer joven a quien veía pasar por el rellano diez veces al día. Y esa mujer lo conmovía, y esa emoción lo contrariaba. Se revolvió en la silla buscando otra posición.

No tenía por qué preocuparse, eso no era más que un grano de arena en el engranaje, una astilla en el pie, un pájaro en el motor. El mito según el cual un solo pajarillo, por encantador que fuera, podía hacer estallar la turbina de un avión era una pura memez, una de las muchas que los hombres saben inventarse para meterse miedo. Como si no tuvieran suficientes preocupaciones. Veyrenc espantó el pájaro de un manotazo mental, destapó su estilográfica y se dedicó a limpiarla con esmero. No tenía otra cosa que hacer, de todos modos. El edificio estaba sumido en el silencio.

Volvió a tapar la estilográfica, la enganchó en su bolsillo interior y cerró los ojos. Hacía quince años, día por día, que se había quedado dormido a la sombra prohibida del nogal. Quince años de duro trabajo que nadie podría quitarle. Al despertar, se había curado la alergia a la

salvia del árbol y, con el tiempo, había ido domesticando sus terrores, había trepado hasta las fuentes de los tormentos para erradicar las turbulencias. Quince años de esfuerzos para transformar a un chico de torso hundido y que escondía su cabello en un cuerpo robusto y un alma sólida. Quince años de energía para dejar de revolotear como vulnerable descerebrado por el mundo de las mujeres, que lo había dejado ahído de sensaciones y saturado de complicaciones. Al ponerse en pie bajo ese nogal, se había declarado en huelga como un obrero exhausto, iniciando una jubilación precoz. Alejarse de las crestas peligrosas, aguar el vino de los sentimientos, diluir, dosificar, quebrar la compulsión de los deseos. Y no le iba nada mal, a su parecer, lejos de los líos y del caos, cerca de cierta serenidad ideal. Relaciones inofensivas y pasajeras, natación cadenciosa hacia su objetivo, labor, lectura y versificación, estado casi perfecto.

Había alcanzado su meta, lograr que lo destinaran a la Brigada Criminal de París, encabezada por el comisario Adamsberg. Estaba satisfecho, pero sorprendido. Reinaba en ese equipo un microclima insólito. Bajo la dirección poco perceptible de su jefe, cada agente dejaba crecer su potencial a su manera, abandonándose a humores y caprichos sin relación alguna con los objetivos establecidos. La Brigada había acumulado resultados indiscutibles, pero Veyrenc seguía siendo muy escéptico. A saber si esa eficacia era el resultado de una estrategia o un fruto caído de la providencia. Providencia que hacía la vista gorda, por ejemplo, al hecho de que Mercadet hubiera instalado cojines en el piso de arriba y durmiera allí varias horas al día, al hecho de que un gato anormal defecara sobre las

resmas de papel, de que el comandante Danglerd ocultara vino en el armario del sótano, de que hubiera por las mesas documentos que no tenían nada que ver con la investigación, como anuncios inmobiliarios, listas de la compra, artículos de ictiología, reproches privados, prensa geopolítica; todo el espectro de colores del arco iris, por lo poco que llevaba visto en un mes. Ese estado de cosas no parecía molestar a nadie, salvo quizá al teniente Noël, un tipo brutal que no encontraba nadie a su gusto. Y que, ya el segundo día, le había hecho una observación ofensiva sobre su pelo. Veinte años antes, eso lo habría hecho llorar, pero ahora le importaba un bledo, o casi. El teniente Veyrenc se cruzó de brazos y apoyó la cabeza en la pared. Fuerza inasequible enroscada en una materia compacta.

En cuanto al comisario, le había costado identificarlo. De lejos, Adamsberg no parecía gran cosa. Se había cruzado varias veces con ese hombre de poca estatura, cuerpo nervioso y movimientos lentos, rostro de relieves heterogéneos, ropa arrugada y mirada a juego, sin imaginar que se trataba de uno de los elementos con más fama, buena o mala, de la Brigada. Hasta sus ojos parecían no servirle para nada. Veyrenc esperaba una entrevista oficial con él desde el primer día. Pero Adamsberg no se había fijado en el teniente, mecido por algún chapoteo de pensamientos profundos o vacuos. Era posible que pasara un año entero sin que el comisario se diera cuenta de que su equipo contaba con un nuevo miembro.

Los demás agentes, por su parte, no habían dejado escapar la oportunidad de cazar al vuelo la ventaja considerable que suponía la llegada de un Nuevo. Por eso se encontraba escondido en el cuartucho, en el rellano del

séptimo piso, ejerciendo una vigilancia aplastante de aburrimiento. Según las normas, deberían haberlo relevado regularmente, y así había sido al principio. Pero luego los relevos habían ido espaciándose, so pretexto de que uno era propenso a la melancolía, otro al sueño, otro a la claustrofobia, a las impaciencias, a las dorsalgias, de modo que ahora era el único en montar guardia, desde la mañana hasta la noche, sentado en una silla de madera.

Veyrenc estiró las piernas como pudo. Ése era el sino de los novatos, y le importaba poco. Con la pila de libros a sus pies, el cenicero de bolsillo en la chaqueta, la vista del cielo por el ventanuco y su estilográfica en estado de uso, casi habría podido vivir feliz allí. Mente en reposo, soledad dominada, objetivo alcanzado.

La doctora Lagarde había complicado las cosas reclamando una gota de leche de almendras para mezclar con su cortado doble. Pero, por fin, las consumiciones acabaron llegando a la mesa.

—¿Qué le ha pasado al doctor Romain? —preguntó mientras daba vueltas al líquido espeso.

Adamsberg alzó las manos en gesto de ignorancia.

—Tiene vapores. Como una mujer del siglo pasado.

—Vaya. ¿De dónde sacas ese diagnóstico?

—Del propio doctor Romain. No tiene depresión, no tiene patología. Pero se arrastra de un sofá a otro, entre siestas y crucigramas.

—Vaya —repitió Ariane frunciendo el ceño—. Y eso que Romain es un hombre activo, y un forense muy capaz. Le gusta su trabajo.

—Sí. Pero tiene vapores. Estuvimos dudando mucho tiempo antes de sustituirlo.

—¿Y por qué me has hecho venir?

—Yo no te he hecho venir.

—Me han dicho que la Brigada de París me reclamaba a voz en grito.

—No fui yo, pero me vienes al pelo.

—Para quitarles esos dos chicos a los estupas.

—Según Mortier, no son dos chicos. Son dos pringados, y uno de ellos negro. Mortier es el jefe de los estupas, no nos llevamos bien.

—¿Por eso no quieres pasarle los cuerpos?

—No, no soy adicto a los cadáveres. Pero se da la circunstancia de que estos dos son cosa mía.

—Ya me lo has dicho. Cuéntame.

—No se sabe nada. Los mataron la noche del viernes al sábado en Porte de la Chapelle. Para Mortier, eso significa necesariamente drogas. De hecho, para Mortier, los negros sólo se dedican a la droga, hasta se pregunta si saben hacer otra cosa en la vida. Y está esa marca de pinchazo en el brazo.

—Ya lo he visto. Los análisis no han dado ningún resultado. ¿Qué esperas de mí?

—Que busques y me digas lo que había en la jeringuilla.

—¿Por qué rechazas la hipótesis de la droga? No será porque no la hay en La Chapelle.

—La madre del negro asegura que su hijo no la tocaba. Ni consumía ni vendía. La del blanco no sabe.

—¿Tú sigues creyendo en la palabra de las ancianas madres?

—La mía siempre dijo de mí que tenía la cabeza como un colador, que hasta se podía oír el viento entrar por un lado y salir por el otro, silbando. Tenía razón. Además, ya te lo he dicho: los dos tienen las uñas sucias.

—Como todos los indigentes del Mercado de las Pulgas.

Ariane decía «indigentes» con ese tono de compasión propio de los grandes indiferentes, para quienes la miseria es un hecho y no un problema.

—No es mugre, Ariane, es tierra. Y esos tipos no cuidaban ningún jardín. Vivían en habitaciones destartadas, sin luz y sin calefacción, de las que la ciudad ofrece a los necesitados. Con sus ancianas madres.

La mirada de la doctora Lagarde se había posado en la pared. Cuando Ariane observaba un cadáver, sus ojos se reducían a una posición fija, como mudándose en lentes de microscopio de alta precisión. Adamsberg estaba convencido de que, si hubiera examinado sus pupilas en ese instante, habría visto los dos cuerpos perfectamente dibujados, el blanco en el ojo izquierdo, el negro en el derecho.

—Puedo decirte al menos una cosa que podría ayudarte, Jean-Baptiste. Los mató una mujer.

Adamsberg dejó la taza en la mesa, preguntándose si valía la pena llevar la contraria a la forense por segunda vez en su vida.

—Ariane, ¿has visto el formato de esos hombres?

—¿Qué crees que miro en la morgue? ¿Mis recuerdos? He visto a esos tipos. Dos gigantes capaces de levantar un armario con la punta de un dedo. Aun así, a los dos los mató una mujer.

—Explícame.

—Vuelve esta noche. Tengo dos o tres cosas que comprobar.

Ariane se levantó, se puso sobre el traje de chaqueta la bata que había dejado en el perchero. A los dueños de los cafés cercanos a la morgue no les gustaba ver llegar a los médicos. Incomodaba a los clientes.

—No puedo. Esta noche voy a un concierto.

—Pues pásate después del concierto. Trabajo hasta tarde, acuérdate.

—No puedo, es en Normandía.

—Vaya —dijo Ariane interrumpiendo su gesto—. ¿Cuál es el programa?

—Ni idea.

—¿Y vas hasta Normandía a escuchar música sin saber qué es? ¿O es que sigues a una mujer?

—No la sigo, la acompaño cortésmente.

—Vaya. Pues pasa por la morgue mañana. Por la mañana no. Por las mañanas duermo.

—Lo recuerdo. Nunca antes de las once.

—Nunca antes de las doce. Con el tiempo, todo se acentúa.

Ariane volvió a sentarse en una esquina de la silla, en posición provisional.

—Hay algo que me gustaría decirte, pero no sé si tengo ganas.

Los silencios nunca habían incomodado a Adamsberg, por largos que fueran. Esperó mientras dejaba discurrir sus pensamientos hacia el concierto de esa noche. Pasaron cinco minutos, o diez, no lo supo.

—Siete meses después —dijo Ariane súbitamente decidida—, el asesino lo confesó todo.

—Te refieres al tipo de Le Havre —completó Adamsberg alzando la mirada hacia la forense.

—Sí, del hombre de las doce ratas. Se ahorcó en su celda a los diez días de su confesión. Tú tenías razón.

—Y eso no te gustó.

—No, y a mis superiores todavía menos. No me ascendieron, y tuve que esperar cinco años más. Supuestamente tú me habías traído la solución en bandeja, supuestamente yo no había querido saber nada.

—Y no me avisaste.

—Ya no sabía tu nombre, te había borrado, te había tirado lejos, como tu vaso.

—Y todavía me guardas rencor.

—No. Gracias a la confesión del hombre de las ratas, empecé mis investigaciones sobre la disociación. ¿No has leído mi libro?

—Por encima —contestó Adamsberg, evasivo.

—Yo creé el término: los asesinos disociados.

—Sí —rectificó Adamsberg—, me han hablado de eso. Personas partidas en dos pedazos.

La doctora torció el gesto.

—Digamos más bien individuos compuestos de dos partes no encajadas, una que mata y otra que vive con normalidad, ignorándose ambas de forma más o menos perfecta. Hay muy pocos. Por ejemplo, esa enfermera detenida en Asnières hace dos años. Estos asesinos, peligrosos, reincidentes, son casi imposibles de descubrir. Son insospechables, incluso para ellos mismos, y tremendamente cautos en la acción debido a lo mucho que temen que su otra mitad los descubra.

—Recuerdo a esa enfermera. Según tú, ¿era una disociada?

—Casi impecable. Si no se hubiera dado de bruces con un policía genial, habría seguido con sus asesinatos hasta el fin de sus días, y sin sospecharlo siquiera. Treinta y dos víctimas en cuarenta años, y sin pestañear.

—Treinta y tres —rectificó Adamsberg.

—Treinta y dos. Estoy bien situada para saberlo, hablé con ella horas y horas.

—Treinta y tres, Ariane. La detuve yo.

La forense vaciló, y sonrió.

—Decididamente... —dijo ella.

—Y cuando el asesino de Le Havre destripaba ratas, ¿era el otro? ¿Era la parte número dos? ¿La parte asesina?

—¿Te interesa la disociación?

—Esa enfermera me preocupa, y el asesino de Le Havre es mío hasta cierto punto. ¿Cómo se llamaba?

—Hubert Sandrin.

—Y cuando confesó, ¿también era el otro?

—Eso es imposible, Jean-Baptiste. El otro no se denuncia nunca.

—Pero la parte número uno tampoco podía hablar si no sabía nada.

—Ahí está la cosa. Durante unos instantes, la disociación dejó de funcionar, la barrera estanca entre ambos hombres se resquebrajó, como una grieta en un muro. A través de esa hendidura, Hubert número uno vio al otro, a Hubert número dos, y el espanto se le vino encima.

—¿Eso puede pasar?

—Casi nunca. Pero la disociación no suele ser perfecta. Siempre hay escapes. Palabras disparatadas que saltan de un lado al otro del muro. El asesino no se da cuenta, pero el analista puede fijarse en ellas. Y si el salto es demasiado violento, puede producirse una ruptura del sistema, una quiebra de la personalidad. Eso es lo que le pasó a Hubert Sandrin.

—¿Y la enfermera?

—Su muro aguanta. No sabe lo que hizo.

Adamsberg pareció reflexionar, pasándose un dedo por la mejilla.

—Me extraña —dijo con suavidad—. Me dio la impresión de que sabía por qué la detenía. Aceptaba todo sin decir nada.

—Una parte de ella, sí, eso explica su consentimiento. Pero no recordaba nada de sus actos.

—¿Supiste cómo descubrió el asesino de Le Havre a Hubert número dos?

Ariane sonrió francamente, dejando caer la ceniza en el suelo.

—Gracias a ti y a tus doce ratas. En esa época, la prensa local publicó tus divagaciones.

—Lo recuerdo.

—Y Hubert número dos, el asesino, llamémoslo Omega, había conservado los recortes de periódico a salvo de la mirada de Hubert número uno, el hombre normal, llamémoslo Alfa.

—Hasta que Alfa descubrió los recortes de prensa escondidos por Omega.

—Eso es.

—¿Dirías que Omega lo quiso así?

—No. Lo que pasa es que Alfa se mudó de casa. Los artículos se le cayeron del armario. Y todo estalló.

—Sin mis ratas —resumió Adamsberg con suavidad— Sandrin no se habría denunciado. Sin él, no habrías trabajado sobre la disociación. Todos los psiquiatras y los policías de Francia han oído hablar de tus investigaciones.

—Sí —admitió Ariane.

—Me debes una cerveza.

—Sin duda.

—En los muelles del Sena.

—Si quieres.

—Y no les pasas esos dos tipos a los estupas, por supuesto.

—Son los cuerpos los que deciden, Jean-Baptiste, ni tú ni yo.

—La jeringuilla, Ariane. Y la tierra. Vigírame esa tierra. Y confírmame que lo es.

Se levantaron a la vez, como si la frase de Adamsberg hubiera dado la señal de salida. El comisario caminaba por la calle como en un paseo sin rumbo, y la forense trataba de seguir ese ritmo demasiado lento, con el pensamiento ya proyectado hacia las autopsias en espera. La preocupación de Adamsberg se le escapaba.

—Esos cuerpos te preocupan, ¿verdad?

—Sí.

—No sólo por los estupas...

—No, es sólo...

Adamsberg se interrumpió.

—Yo me voy hacia allí, Ariane, nos vemos mañana.

—¿Es sólo...? —insistió la doctora.

—No te ayudará en tu análisis.

—De todos modos.

—Es sólo una sombra, Ariane, una sombra inclinada sobre ellos, o sobre mí.

Ariane miró a Adamsberg alejarse por la avenida, silueta ondulante insensible a los transeúntes. Reconocía ese andar, veintitrés años después. La voz suave, los gestos pausados. Ella no le había prestado atención cuando era joven, no había adivinado nada, no había entendido nada.

Si pudiera volver a empezar, escucharía de otra manera su historia de ratas. Metió las manos en los bolsillos de la bata y se fue hacia los dos cuerpos que la esperaban para pasar a la Historia. Era sólo una sombra, inclinada sobre ellos. Esa absurdidad, ahora la podía entender.